



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM. 10482

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

LUNES 12 DE OCTUBRE DE 1896.

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Cúmartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

MATEIRAL AGRICOLA

Prensas para vinos.—Bombas para trasiego, riegos, lavar y rociar plantas —Norias para pozos, movidas á vapor viento ó caballería.—Máquinas para taponar y limpiar botellas.—Espino artificial para cercados.—Arados de vorredera.—Desgranadoras de maíz.—Vías férreas, wagonetas, plataformas, cambios, etc., para transporte de frutos. Azadas, legones, picos.—Tuberías de goma y otras.

CAMILO PÉREZ LURBE
12, CASTELLINI, 12.

DENTISTA

Ha regresado á esta, poniéndose nuevamente al frente de su gabinete, calle del Carmen, número 43, principal, el afamado dentista italiano, especialista en las enfermedades de la boca

DR. OVIDIO CIGNI COMASTRI

Dentaduras de todos los sistemas y consulta permanente y á domicilio.

PRECIOS MÓDICOS

Calle del Carmen, núm. 43, principal

Véase anuncio **MODA Y ARTE** en la tercera plana.

EL CORAZON

DE LA

SEÑORA DE TRUEBA.

La señora de Trueba tiene veintidós años; hace dos se casó y no ha perdido nada de su elasticidad ni su esbeltez; su belleza es la misma y se distingue, como antes, por sus manos y por sus ojos... Unas manos deliciosas y unos ojos negros, magníficos... No vi en mi vida unos ojos tan impotentes... ni tan puros.

El señor de Trueba es joven también, gallardo. La ama y sufre... No es correspondido.

Se susurra entre la servidumbre que el señor y la señora han tenido hoy un misterioso altercado en el gabinete azul; después recibió la señora de Trueba un bouquet de violetas y una carta; por la tarde estuvo muy nerviosa. Al obscurer encierrase con su doncella en el gabinete azul y da principio a su locado. Ira esta noche al baile de los duques de Olmedo.

Pronto concluye... Esta hermosísima; las carnes salinadas y duras de la señora de Trueba brillan como sus ojos.

Pregunta la hora que es... «Muy temprano» Se queda sola... Levanta un visillo y mira por el cristal... Fuera cae la nieve... Aquella nieve parece mas blanca. La calle parece también mas fría... ¡Es tan con-

fortable la temperatura del lindo gabinete azul!

Extraña modorra va apoderándose de la señora de Trueba... No puede resistir, se reclina languidamente su *chaise longue*, cierra los ojos y espera la hora de baile; transcurren unos minutos y no define lo que le pasa; se figura que duerme y sabe además que sus ojos estan abiertos. ¿Dormir? No, lo ve todo; la gran luna donde tantas veces admiró su gentileza de niña; las dos preciosas figuras de Roman Rivera, con sus marcos; los lindos *bibLOTS* de la mesita dorada... Lo ve todo... Hasta el hermosísimo bouquet de violetas que le envió aquella tarde una persona desconocida. Al mirar el bouquet siente la señora de Trueba frio en los huesos.

La luz se amortigua. El gabinete azul se confunde en suaves penumbras. La señora de Trueba, tendida en su *chaise longue*, parece una estatua volcada. Retira la vista del bouquet... Se estremece de horror... La ha inclinado para mirar su pecho, allí á la izquierda... ¿Qué pasa á aquel delicioso busto de nieve y rosas? Los encajes se rasgan, el blanco seno se parte, y como pudiera surgir de la base de una pequeña colina de nieve un sol enrojecido, surge con lentitud del roto pecho el corazón ensangrentado de la señora de Trueba.

Llévase las manos al corazón... No, el corazón no está allí; las manos se hunden en el hueco que el corazón ha dejado... Allí lo vé ahora... Va alejándose... ¿Qué lo impulsa? ¿Qué lo suspende en el vacío?

La señora de Trueba está inmóvil... Es el espanto de su situación y la sorpresa de vivir aún. Quiere gritar... Quiere levantarse... No puede. ¿Vive? Si, vive. Lo sabe; lo adivina.

Queda al fin el corazón inmóvil. La señora de Trueba lo ve como un mundo microscópico aparecido de repente en aquel gran caos del gabinete azul.

Se oyó una voz apagada que la señora de Trueba ha creído oír ya otra vez. ¡Ah!—piensa.—El corazón esta hablando. —El corazón dice:

—Tu marido vendra esta noche. Vendra como siempre, desde hace mucho tiempo. ¿Le rechazaras como siempre?

—Amo á otro.

—Tu marido es primero.

—Amo á otro desde niña, —repite la señora de Trueba, asustada.

—¡Tu marido es primero!

—¡Le adoro, me moriré sin él... Me volveré loca!

Y el corazón implacable:—Tu marido es primero!

La señora de Trueba gime y el corazón habla... habla...—Si os amabais desde niños, ¿por qué no te supiste conservar para él? Suspiras? ¡Te adivino! ¡Si pudieras arreglarte para hacerlos felices á los dos!... Liviana.

—¡No, no!

—¡Silencio!

Hay una pausa breve que es una inmensidad. El corazón parece á la señora de Trueba en lo obscuro,

la ancha boca de una herida. De una herida como la que tapa en su pecho con las manos. El corazón sigue:

—Me explico tu afán de ir á casa de los de Olmedo... Verás allí al otro... Ese bouquet que te ha enviado es la señal convenida.

¡Esta noche verás á tu amante. La señora de Trueba gritaba angustiosamente:

—¡No, no es mi amante!

Y el corazón responde:

—Lo será.

El corazón sonríe. A la par que sonríe despréndese de él una gota de sangre. La sangre ha caído sobre el bouquet de violetas. El corazón dice:



—Esa gota de sangre es la vida de uno de los dos; escoje: tú eres arbitro. Tu marido ó tu amante.

—No, no es mi amante, —exclama la señora de Trueba.

Lo será.

Es horrendo... Y ¿por qué lo aseguras?

—Porque entre dos caminos; la mujer siempre escoje el más trabajoso; porque entre dos ideas la mujer siempre escoje la menos clara... ¡Y ser de tu marido, es lo fácil, lo lógico, lo natural, lo que sin costarte trabajo te glorificaría... Los dos te dijeron lo mismo... Ya los conoces á los dos, sabes que son valerosos, que son honrados, que te aman y que han de cumplir lo que te ofrecieron. El uno te ha dicho: «De esta noche no ha de pasar; te amo; soy tu marido... de nombre. No iré á mi cuarto, iré al tuyo. Si me rechazas, libre serás para siempre.»—¿Y al otro en su carta? «No puedo más; vida, honor, gloria... Todo lo dejaré al gozo contigo. Esta noche en el baile.» Hasta parece providencial la coincidencia de que los dos te hayan hablado del mismo modo, en un mismo día. Tú eres arbitro. Esa gota de sangre es la vida de uno de los dos.

La señora de Trueba no habla; está inmóvil, su rostro parece marfil, sus manos lírios blancos que ocultan la aterradora llaga de bordes azules que el corazón al salir dejó en el pecho; sus ojos se clavaban con fijeza de muerte en su corazón; el corazón semeja ahora una lámpara de luz lívida que flota en el gabinete azul de visiones estremecedoras; por el arco de las pestañas tendidas sobre los pómulos amarillentos, va deslizándose una lágrima inmensa, terrible, candente como la gota de sangre que el

corazón dejó caer sobre el ramo de violetas.

Se oye de pronto una voz más fuerte:

—Señora, el coche está allí.

La señora de Trueba levántase de un salto; mira extrañada á todas partes. ¿Qué le sucede? Se lleva las manos al pecho... El corazón está allí... Late con suavidad... Sin embargo, un ser invisible la envuelve el rostro con su aliento, diciéndole al oído:



—¡Esa gota de sangre es la vida de uno de los dos!

Lanzase la señora al bouquet de violetas, cógelo nerviosamente, lo mira... allí no hay sangre alguna... Y la voz de ser invisible continúa á su oído.

—Tú eres arbitro; escoje; tu marido ó tu amante.

—No, no es mi amante, —grita la señora de Trueba con rabia.

Lo será.

Se mira al espejo. Sus ojos brillan; sus carnes brillan. Su pelo negro es luminoso, como sus ojos... Como sus carnes.

Ya esta. Avanza con leve taconeo y estremecedor rugidillo de sedas... Baja rápidamente... Al llegar al vestíbulo, aquella voz misteriosa y apagada del corazón, le dice con dulzura:

—¡Vas á ver á tu amante!

La señora contesta apretando los puños coléricamente

—No, no es mi amante.

Lo será!

La alegría hace estremecer á la señora de Trueba, pero la rabia de oír aquella voz la pone lívida. Llega al coche, el corazón le late con violencia. Irá á saltar ahora verdaderamente del pecho?

El corazón le dice:

—Auda, apresúrate, que te espera tu amante.

—¡No es mi amante! —grita la señora de Trueba, loca de ira.—No lo es.

Lo será.

No.

Lo será.

—Pues no lo será... Y veremos quién se sale con la suya.

Despide al coche, vuelve, sube, llega al gabinete azul, arroja el abrigo. Los vestidos están inquietos, la doncella aturdida. «Vete, me desnudaré yo.» Se queda sola, coge el bouquet de violetas, lo hace pedazos, lo esparce en el suelo... lo pisotea, y rompe á llorar.

Va serenándose... Silencio... Nadie habla... El corazón tampoco.

Oye pasos. ¡Es su marido! Llama discreta frente.

—Entra le dicen:—¿Que voz mas dulce!

Entra... Está tembloroso... Una mano se apoya en su mano, una cabeza en su hombro... Los alientos se confunden y la señora dice trémulamente:



—¡Perdoname! Las violetas suspiran en el suelo y una dice:

—Al fin se ha vencido; su virtud la salva.

—No, su amor propio,—contesta otra melancólicamente.

El Filósofo:—Y la virtud y la honra ¿qué son al fin sino el amor propio humano?

M. Martínez Barriunero.

(Prohibida la reproducción)

TIJERETAZOS

Yo no sé qué tienen las cosas de marina ni las que con ellas se relacionan, que cada vez que se ocupan de esos asuntos los periódicos madrileños salen por el camino de la plancha.

Un día se le antoja á uno decir que el adormizado «Cristóbal Colón» es del tipo del místico «Isabelita», cuando el tal místico era barco y surcaba los mares. Otro día algún colega, que se dice bien informado, saca á colación que los cañones de tal buque están preparados para disparar proyectiles explosivos.

En fin, ha habido quien ha dicho que los mastelerillos son unas embarcaciones de dimensiones reducidas.

La mar de disparates.

Ayer le tocó á «El Heraldo» informar al país de cosas de la mar.

Y claro, hubo su poquito de plancha. Figúrense ustedes que el periódico del Sr. Canalejas ha dicho lo siguiente:

«Hace pocos días, al ocuparnos de una reunión celebrada en Cartagena, dijimos que se habían pronunciado palabras fuertes, relacionadas con la botadura del «Princesa de Asturias».

Hoy tienen su natural explicación: El general Sr. Bona, comisionado por el ministro, tenía que ir en la oposición del resto de los generales.»

Y todo esto ni el general Bona está en Cartagena, ni aquí se ha celebrado ninguna reunión, ni nadie ha pronunciado palabras fuertes, excepción hecha de las voces que, dan por ahí los que van vendiendo suamel vivico y aladroque de á palme.

Y no solamente se equivocan los periódicos de Madrid, cuando hablan de cosas de marina, sino que se equivocan también cuando tratan de marinos.

Al general Reguera le ha dado «El Heraldo» un vuelco en el Ferrol en la calle de Jara de Cartagena.

Y eso sí que resulta un lío. Porque

